

me de-  
olvida-  
de los  
u: «¿Ve  
difique  
lo he-  
en un  
driano,  
ta. «La  
uya se-  
ón, con  
á cual-  
sonajes  
s salen  
de en-  
que esta  
xiste. Y  
retratos  
claro,  
padre,  
dencia.  
el rey  
Hay  
as eda-  
el pare-  
s gran-  
loro. Si  
van los  
si mis-  
labones  
el ayer,  
del cual  
el pasa-  
á tomar  
idencias  
ue hace  
s perga-  
de oro,  
as dedi-  
s lo de-  
ienterio.  
ad de la  
esparci-  
rada del  
existe al  
e fingió  
uy gra-  
arecia á  
la boni-  
ducidad  
arilloso,  
ara letra  
ctor del  
corazón,  
onvento  
é azares  
monjitas  
Era que  
nasterio,  
el con-  
la nece  
una vía ó  
pe de la  
e ruinas?  
ido, por  
y cente-  
de su ca-  
seria, de  
á las Ca-  
pidiendo  
o, á des-  
lar?  
el rótulo  
protector  
noso del  
en su co-  
tiendas  
la sugie-  
a. No es  
una be-  
Hay ca-  
nuy gran-  
Una tela,  
go de uso  
s y estos  
ue, en su  
orel...» La  
ar la ins-  
ra un pe-  
como el  
BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando se vuelve á París después de algunos años de no haber pisado el bulevar, se experimenta una impresión peculiarísima, ante la estabilidad de las cosas, que contrasta con la misera inestabilidad del hombre. París, realmente, es de las ciudades que menos cambian al transcurrir el tiempo; dijérase que se burla de él, como bien conservada y retocada beldad.

Esta metrópoli, centro y corte de la moda voluble, se halla ya como solidificada y fijada en los ápices de su cultura. Lo menos grato para el francés es alterar el orden establecido, hacer un movimiento á la derecha si lo hizo á la izquierda. Insuperables dificultades se saldrán al paso si queréis ir contra lo habitual; ya veréis la expresión de escandalizada extrañeza que acoge vuestra pretensión. El hábito (pero el hábito de hacer las cosas bien y artísticamente) ha llegado á constituir en París una rutina ilustrada, una organización inalterable, inflexible, semejante á la disciplina militar, y no neguemos que esto tenga su mérito, nosotros que tanto propendemos al relajamiento, á la negligencia, á prescindir de las fórmulas y pactos que contribuyen al bienestar social.

Como suele suceder, la rutina tiene ventajas é inconvenientes. No todo debe alabarse en París; no todo es perfecto, ni mucho menos. El teatro—no me refiero á la literatura, sino al espectáculo—está muy mal arreglado en la capital de la vecina República. Mal arreglado para el espectador, por supuesto; para el bolsillo de los empresarios debe de estar óptimamente. Quizás notemos más las deficiencias los españoles. No me explico cómo el público de París, amigo de sus comodidades, económico, dado á sacarle el jugo á lo que gasta, tolera tantas molestias y precios tan exorbitantes en los teatros. Hay muchas localidades desde las cuales no se ve; lo que se dice no verse absolutamente nada. Estas localidades, nótese, no son más baratas que otras desde las cuales se ve algo, no mucho; y sin embargo, se llenan, igual que las restantes. Son llenos hasta los topes, aunque la función se haya representado doscientas veces, y sea una *lata*—perdónese la expresión—ó una ineptia escabrosa. No he visto borregos más pacientes que estos espectadores de París. Ni murmuran de los autores que les dan zumo de adormideras, ni de las empresas que les cobran dineros por no ver y estar sentados en un potro, ni dan la menor señal de descontento, ni hacen sino atender con toda su alma y divertirse con toda su voluntad.

Los teatros de París son, lo repito, caros; para ver bien y estar relativamente cómodo, hay que gastar de quince á doce francos; las localidades que bajan de diez no pueden satisfacerlos á los de aquí, menos resignados que los parisienses. Y no hablemos de las chinchoneras de las acomodadoras ó *ouvreuses*, que por abrir la puerta de un palco (á remolque, porque siempre andan por los rincones, como las correderas) recargan el coste del asiento con la inevitable y exigida propina. En España nada piden los acomodadores, y rara vez se les da, como no sea en Navidad, el aguinaldo.

La forma de los teatros, estudiada para que quepa en ellos, bien ó mal, mucha gente, los hace deslucidos y tristes, pues deja en sombra y en segundo término los palcos, y proyecta, en primer término, localidades de menos importancia, á las cuales las señoras no van peripuestas. En el entreacto no se hacen visitas; la gente sale á pasearse por el *foyer*, á tomar refrescos, dejando la sala medio vacía. El sistema de los *strapontins* ó, con perdón sea dicho,

*trapuntines*, añadidos al resto de los asientos para exprimir el último jugo del limón, es el resumen de la incomodidad y la impertinencia. En fin, que este público es moro de paz.

Otro cabo mal atado del teatro en París: el detalle de los sombreros. Nadie se maravillará si digo que los sombreros, este año, han medrado un poquitín; y el que por su mal ocupa asiento á la sombra de una de esas setas desaforadas de paja, crin ó tul rizado, puede despedirse de ver la función. En algo hemos de estar por encima los españoles: en Madrid tal problema se ha resuelto (decían que era insoluble) con sólo una orden dada para que se cumpliera. A pesar de los augurios nefastos de alteraciones del orden, se han convencido las damas de que «no hay derecho» á fastidiar al prójimo. Pues bien, en París rige el sistema peor, que es el mixto. Se consiente el sombrero, si no se quejan los espectadores perjudicados; y si éstos piden que desaparezca la mampara, las señoras son «invitadas» á despojarse de ella, y se despojan, pero rabiando y gruñendo, después de frascitas ásperas y avinagradas por una y otra parte. La ambigüedad de la situación provoca disgustos que en Madrid se han evitado cortando por lo sano, que es lo más acertado y seguro. Todo se ha reducido á que las madrileñas se peinen mejor, y luzcan más cintajitos y peinetas en el moño.

Algún teatro recientemente construido, como el de *Apollo* (que está poniendo en escena con extraordinario lujo y coquetería ese filón de oro que se llama *La viuda alegre*), ha introducido la novedad de que se vea desde todos los asientos, de que los palcos ocupen el frente de la sala, de que los asientos sean mullidos y con el espacio necesario para un cuerpo humano de dimensiones normales. Pero estas son peligrosas innovaciones que supongo evitarán los escenarios antiguos. ¿Quién les mete á ellos en aventuras, cuando les va tan ricamente con su obscuridad, sus localidades estrechas, sus brujas acomodadoras, sus misteriosas *baignoires* provistas de enrejado y sus precios fantásticos dócilmente aceptados por la concurrencia?

Debe de ser un negocio redondo. La sala, rebosante; las obras, en el cartel tres ó cuatro años; la multitud haciendo cola ante la taquilla horas enteras, ó pasando por las horcas caudinas de los *bureaux de location*, donde cada localidad sufre un recargo que oscila entre el cincuenta y el doscientos por ciento... No comprendo cómo no hay en París mayor número de teatros; cómo este sano y claro negocio no tienta á más industriales; en cambio me explico por qué se ha dicho que Francia es una República gobernada por unos príncipes, que son los actores.

En cualquier espectáculo encontraréis un gentío, un torrente humano, una muchedumbre ansiosa. Veinte años hace que conozco el Museo Grevin, en el bulevar; una galería de figuras de cera. París no se ha cansado, ni lleva trazas de cansarse de admirarlas. Todas las noches, todas las tardes, en todas las secciones, igual concurso, las mismas risotadas y exclamaciones ante los espejos de la *rigolada*, las propias observaciones candorosas ante las figuras que imitan espectadores y se confunden con personas vivas...

Y eternamente, el papa en su silla gestatoria, con su comitiva de suizos, camareros, guardias nobles y cardenales; y los soberanos reinantes; y los crímenes dramáticos; y las escenas de la Revolución, Marat ensangrentado en su baño, Carlota Corday altiva y serena ante los insultos de los descamisados furiosos; y la misa en las Catacumbas, y Napoleón en la Malmaison, rodeado de sus galoneados mariscales y sus lindas mundanas de traje griego, y María Antonieta horrorizada ante la cabeza de la Lamballe... Se me ocurre si la figura de cera, tenida por deleznable, no será más sólida que los monumentos de mármol y bronce. ¿Cuántos de éstos se alzan á gente honrosa, olvidada ya, sin realce! En el Museo Grevin no tiene efígie de cera quien no haya sido coronado por la fama y la gloria.

Dijérase, por otra parte, que el culto de los héroes y de los grandes hombres es más ferviente cada día en Francia, tal vez porque ya no los produce. No importa que un héroe represente, en el sentido histórico, lo contrario de lo que actualmente domina. Francia acepta, y hace bien, todo su pasado. El teatro contribuye á estos endiosamientos, poniendo en escena incesantemente la vida del superhombre, en todas sus fases, aspectos y episodios. Napoleón, especialmente, es objeto de un culto apasionado, de una devoción de granadero de la guardia vieja, que toda Francia siente, segura de que tal hombre no volverá á nacer, ni tales hechos se repetirán...

La obra póstuma de Catulo Mendes, estrenada después de su muerte, se refiere á un momento poco

conocido de la historia del emperador; el tiempo de su residencia en la isla de Elba, cuando todavía una irrisoria corte y una soberanía ficticia le engañan, y adormecen con narcótico los lancinantes dolores de su ambición colosal. Más que en Santa Elena, hácese visible la caída del coloso en este período, que precede á la aventura de los Cien días. Napoleón se nos aparece ya obeso, cansado, con ese secreto afán de reposo y esa preocupación de las cosas pequeñas que descubren el estrago de la debilitante vejez en las organizaciones un día poderosas. La devoradora energía del conquistador está amenazada; su empuje de titán se ha convertido en un reblandecimiento que toma forma de afectos de familia, y le hace suspirar por su esposa, por su hijo. Anunciase la llegada de María Luisa y del rey de Roma, á compartir la soledad del proscrito. ¿Vendrán? Tal es la esperanza, el anhelo que agita á Napoleón en su destierro, entre granaderos que se aburren durante la paz, ingleses curiosos que van á gozarse en su abatimiento y á mirarle como á una fiera enjaulada, populacho italiano que grita aún «¡Viva el emperador!» y espías de todas las nacionalidades que le vigilan, riéndose de su ensueño conyugal y paternal. ¡Que venga la emperatriz! ¡Que traiga consigo al aguilucho! ¿No es justo que la esposa se reúna al esposo, y endulce con su presencia las melancolías del confinamiento? ¿No es natural que un hijo sea devuelto á su padre? ¿Qué tiene que objetar á esto Inglaterra, el país de los afectos familiares y de los matrimonios bien avenidos? La mujer, el niño, se acercan, no cabe duda; desembarcarán de un momento á otro; Napoleón se prepara á recibirlos con todo el aparato que aún puede desplegar. Que ensillen el caballo amaestrado para la emperatriz. Que enganchen dos coches de cuatro caballos, y cochero de gran librea—frac verde y botones de oro.—Que le preparen al emperador su blanco corcel, la espada de Marengo, la escolta de gala—doce granaderos de gran uniforme, cuatro lanceros polacos, el abanderado del batallón de Córcega.—Que empavesen la chalupa que ha de ir á recoger á bordo á la hija de Francisco I de Austria, «mi suegro», repite envanecido el héroe. Y loco de emoción, Napoleón sube al monte Giove, á esperar á la augusta, al heredero. Arriban, en efecto, una mujer, un niño; corren hacia el emperador... ¡Terrible desengaño! No es la hija de Francisco I, no es el rey de Roma; no es lo que significa la ambición, la sed de triunfo y desquite, el orgullo, la gloria del coloso. Es solamente el amor, solamente la abnegación; es la condesa Valewska y su hijo, el condesito Alejandro, que vienen á compartir y á endulzar las penas del vencido, á prestarle ánimos para el desquite. Por un momento, bajo la doble emoción de la aparición de aquella mujer fiel y aquel niño que lleva su sangre en las venas, Napoleón se conmueve, se enternece, y acepta el cariño y el consuelo que le brindan. Pronto, en los mismos brazos de la Valewska, el buitre vuelve á roerle las entrañas. No; no consentirá que aquella mujer que no es la suya, que aquel espurio—que lleva el nombre de un conde polaco esposo de su madre—permanezcan en la isla, añadiendo una nota al conjunto de su decadencia, de su descalificación como monarca. ¿Quién sabe si la Valewska ha venido impulsada por el interés de hacer declarar la nulidad del casamiento de Napoleón con María Luisa, la ilegitimidad del rey de Roma, y lograr título y categoría de emperatriz? Napoleón concibe esta sospecha; en su modo de ser, tenía que concebirla, atribuyendo á los demás las ideas que germinan en su propia alma seca, ardiente, insaciable. ¿No ha repudiado él á Josefina por obtener el imperial rehén de la archiduquesa? ¿No ha buscado en ella la alianza, la dinastía, la sanción del pasado? ¿No tienta una corona hasta el crimen? Y sin piedad, sin vacilación, expulsa de la isla á la dulce y sumisa enamorada, que sólo pedía acompañarle, ofrecerle el tesoro de su corazón leal. La Valewska se irá, en horrible noche de tormenta, con su hijo de la mano, y Napoleón seguirá en su puesto de esposo y padre ante la historia. ¡Sólo hijas y nietos de cien reyes pueden constituir la familia del ambicioso! La razón de Estado lo primero. Es preciso volver á triunfar, recuperar el solio. Sacrificado todo lo humano, podrá preparar el restablecimiento de su Imperio, la nueva aventura heroica. La tempestad se ha calmado; la condesa y su hijo se hallan á bordo. Y Napoleón exclama: «Por la parte de Francia, ¡qué hermoso está el firmamento!»

A pesar de que la obra de Catulo Mendes es muy inferior á las de Sardou y Rostand, que sin duda le han servido de modelo, gracias al arte exquisito de la Rejane, que hace el papel de condesa Valewska, y la popularidad de Napoleón, debe de ser uno de los mejores negocios de este momento en París.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.